

RECUERDOS CON HISTORIA, 154

SABLE PARA OFICIAL DE CABALLERÍA

LLAMADO MODELO 1840

-PARTICULARIDADES DE LA GUARNICIÓN-

Por Vicente Navarro

Nunca ha de decaer el ánimo de los investigadores por mucho que cueste trabajar en un objeto antiguo del que se carece de noticias sobre su origen y su adecuada y “reglamentaria” difusión.

Lo de la difusión suele ser más fácil porque, gracias a ella, el interesado tendrá oportunidad de dar, mediando paciencia y algún que otro desplazamiento, con más de un ejemplar. Y, con suerte morrocotuda, más de dos. Más difícil será, en determinados casos, encontrar sus verdaderos orígenes y el porqué de su expansión dado que no hay pruebas de su “puesta oficial en escena”. Y sin datos objetivos ni documentación palpable es imposible saber cómo y cuándo empezaron a extenderse los objetos en cuestión que no son otra cosa, en este caso, que algunas armas blancas de la oficialidad española de Caballería de la época isabelina.

No sé si me estoy explicando, pero me refiero a los sables y espadas para oficial de Caballería de la época que ocupa la parte central del reinado de Isabel II. Son armas blancas aparecidas sobre 1840 y empleadas durante algo más de veinte años sin haber sido nunca declaradas reglamentarias, aunque usadas por prácticamente toda la oficialidad de a caballo incluyendo generales, brigadieres y coroneles.

¿Cómo fue posible este desarrollo no reglamentado de un arma lucida a la vista de todo el mundo por los más escrupulosos y severos altos cargos de la milicia? Sin ánimo de colarme en los complicados entresijos del alma humana y de sus más ocultas intencionalidades y deseos, voy a ocuparme del llamado, entre los interesados, sable para oficial de caballería “tipo 1840” porque, a falta de documentos, de alguna forma hay que identificarlo.

Porque veamos, reglamentario no fue, pero caramba, lo que es fabricado, adquirido y empleado lo fue en cantidad. Es aquello de que un diseño

elegante y marcial aparece de pronto y se hace querer. Luego, si fue o no reglamentado es lo de menos.

¿Y cómo apareció un arma blanca para oficiales sin que nadie supiera cómo y no se le hiciera pasar por el complicado papeleo y resto de trámites preceptivos? Esas son cosas misteriosas sobre las que hay que especular un poco si queremos acercarnos a aquella realidad de entonces. Parece que la década de 1840-50 fue prolífica en contactos con el Reino Unido y, como consecuencia de los mismos, hubo quien se fijó en los sables de la oficialidad de Su Graciosa Majestad la reina Victoria en cuyo reinado se instituyó e impulsó la ampliación del Imperio Británico (Disraeli) incluyendo las líneas trazadas por la Revolución Industrial de la anterior centuria, los avances técnicos permitidos por las máquinas de vapor, los transportes (Stephenson), los altos hornos de hulla y resto de avances culturales y militares de todo tipo.

Todo eso resultó cosa importante para la mayoría, por no decir todos, de países europeos y más de una “moda” pasó de Albión al continente. Entre ellas, las del empleo de algunos sables. Y digo algunos, en plural, porque eso es lo que pasó. De allí vino, por ejemplo, la moda de los sables españoles de general, llamados a la turca, nacidos precisamente un 30 de mayo de 1840 a imitación de los empleados en el Reino Unido desde la década de los años 1820.

Pues eso es, que también alguien se sorprendió de ver cómo los oficiales de la Caballería Ligera, súbditos todos de Su Graciosa Majestad, usaban unos fantásticos sables de gran cazoleta calada y monterilla corrida que eran un primor. De eso a introducirse en España la moda del sable de guarda grande, de latón, calada y majestuosa, mediaba un paso. O menos.

Los ingleses ya disponían de estos diseños para los oficiales de su *Light Cavalry* desde 1796, siguieron con el modelo 1821 y así hasta llegar el siglo XX, pues a mantener tradiciones no los gana nadie. Por eso los oficiales de la Caballería Española se dejaron influenciar con rotundidad siendo la primera vez que olvidaban sus clásicos sables de gavilanes y se pasaban a las amplias cazoletas cinceladas y caladas que a veces guardaban una perfecta simetría respecto al puño y a veces no la guardaban siendo el lado del exterior (el que protege la zona dorsal de la mano y los nudillos) ligeramente más ancho que el del interior.

UNA ESCULTURA Y UN CUADRO

Se critica muchas veces que un escultor o un pintor conocidos y admirados merced a su buen arte, no atiendan a detalles esenciales que a ellos les parecen nimios y poco importantes, perpetrando algunos errores históricos que los expertos meticulosos sí han de descubrir.

Esculpir o pintar un personaje de la antigüedad requiere una previa y muy exhaustiva documentación para acertar en los ropajes, los peinados, el estilo de los zapatos o la forma de una espada medieval del siglo XIII. Por eso es fácil cometer errores de bulto, inapreciables para los no introducidos, pero que han de ser voluminosos para los expertos. Y éstos, los expertos, detectan cualquier detalle “fuera de época” por pequeño que sea.

Un ejemplo lo tenemos en la estatua ecuestre de El Cid de Sevilla. Su escultora, una excelente artista norteamericana llamada Anna Hyatt, hizo del conjunto hombre-caballo una perfecta maravilla. Más, ¡ay! que los historiadores han visto que el caballero está montando a la brida y que para este modo de montar los acicates de las espuelas (también llamados gallos o espolones donde van las puntiagudas ruletas) son demasiado cortos pues sólo serían útiles montando a la jineta.

Otros detalles de la misma escultura que los expertos han ido estudiando:

-El puñal allí esculpido corresponde a época posterior.

-Un jinete blandiendo lanza en actitud desafiante debería protegerse con un yelmo y no con sólo su abundante cabellera como única defensa de la cabeza.

-El pomo de la espada es esférico, aunque se sabe que en el siglo XI, el siglo de El Cid, debería de ser discoidal...

¡Uf! ¿Nada más? ¡Caramba con los sabios y meticulosos expertos!

Pues bien, todo eso no ocurrió en cuanto se refiere al sable que se le colocó en la mano a la figura del general Prim, cuya estatua ecuestre se halla en la Plaza Prim de Reus esculpida por Luís Puiggener entre 1891 y 1893, y a la impresionante tela al óleo, del mismo general, pintada por el experto pincel de Francisco Sans Cabot en 1869 y titulada “El general Prim en la Guerra de África”.

Decía que aquí no es el caso de pillar errores en cuanto al sable que, en ambas ocasiones, se ha colocado en la mano del ilustre militar. Muy puntillosos, el escultor y el pintor reflejaron, sin lugar a ninguna duda, un sable de corpulenta y desarrollada cazoleta calada del llamado (para entendernos) “modelo 1840” fruto, como decía, de moda importada de Inglaterra y muy en boga en manos de la oficialidad española de a caballo.

No se puede reflejar con exactitud en tela ni esculpir en piedra un arma de un tipo y una época concretos si no se tiene ésta a la vista o, en todo caso, estar muy bien informado. Lo sabemos, por poner un ejemplo, con el incomparable cuadro de Goya, “La Carga de los Mamelucos” en las calles de Madrid, lugar y momento en el que el genial pintor no estuvo presente. Recogió de memoria lo visto en otros lugares y lo que, seguramente, le fue contado. Su intencionalidad en querer representar un acto de suma violencia contra el pueblo es del todo espectacular, sin embargo, dejó un poco “en el aire” la concreción de uniformes y personajes colocando, tendido en el suelo, un soldado de infantería que no se sabe exactamente qué hacía en una carga de caballería; al fondo, un solo dragón, perdido entre mamelucos, con casco y uniforme idealizados y, lo que más destaca, es que le colocó al dragón un sable curvo cuando debía de ser recto.

Los mejores pintores especializados en temática militar tienen en su taller una buena colección de objetos reales y auténticos (cascos, uniformes, sillas de montar, espadas, estribos, botas, cabezas de caballo disecadas...) todo de la época que les interesa y sobre los que basar sus estudios y croquis. Así lo hacían Detaille, Neuville, Cusachs y, por supuesto, lo hace nuestro actual y genial pintor Ferrer Dalmau.

EL SABLE “1840”

Esta fue un arma blanca de categoría pues no en vano estuvo pensada desde un principio para los oficiales de Caballería que, además, se pudieran permitir el dispendio. Porque no iba a salir precisamente barato. Mucho se lucieron en Toledo para la confección de las hojas presentando gran calidad en el acabado y gran variedad en las formas. Y mucho se lucieron también los espaderos particulares y las tiendas de efectos militares para atender los elevados gustos de su clientela.

Se trata de un sable generalmente de hoja poderosa, relativamente curva, con “modestas flechas” que variaban poco entre sí. También variaban las

anchuras y larguras de las hojas, sus vaceos y canales y el aspecto general en los pulidos finales incluyendo, a veces, floridos grabados y pavonados en tonos azules. También aparecen ejemplares de hoja recta, que llamamos espadas, aunque son los menos. Desde un buen principio fueron hojas concebidas con “carácter de caballero” destinadas a ser empleadas exclusivamente por la Caballería pues sus longitudes nunca bajaron de los 85 cm. llegando, incluso, a alcanzar los 92 cm. en algunos ejemplares.

El secreto de su éxito residía, amén de las hojas, en las espléndidas guarniciones, amplias y generosas, de pulido latón, que permitieron a los cinceladores infinidad de variantes a cuál más elegante. Empezaron por ser cazoletas profusamente caladas con arabescos y motivos geométricos que muy pronto derivaron en voluptuosas florituras de gran espectacularidad. La imaginación de los fabricantes se puso a prueba y, como consecuencia, se alumbraron ejemplares que, además de calados, realzaron la calidad de las cazoletas con las citadas florestas en espectacular relieve. El precio de un sable completo de este tipo andaba acorde y no bajaba de los 125-130 reales, cuando un jornalero en aquellos años, por poner un ejemplo, disponía de un salario medio de 7 reales al día.

Pero no todo terminaba aquí. Rivalizaron los diseñadores en alcanzar el más elevado nivel colocando rameados, volutas, Armas de España, iniciales de Cuerpo (generalmente GC de Guardia Civil), cañones cruzados para oficiales de Artillería, emblema del Estado Mayor, monograma MN de la Milicia Nacional y todo lo que fuere menester que fuera compatible con un empleo a caballo. También hubo quien halló su casi perfección haciendo lo contrario, es decir, en vez de relieves, trabajar la cazoleta bien calada, bien pulida, bien cincelada y floreada pero completamente lisa.

Pasado un tiempo las cazoletas con calados al 100% fueron derivando hacia calados al 50% para, al final, llegar a las cazoletas con sus correspondientes florituras, pero sin calar. Claro que esto ocurría ya llegados los años 1860, justo cuando hubo radical cambio de criterio y se pasó de las **amplias cazoletas de latón caladas y adornadas** a **amplias cazoletas de hierro sin adorno alguno**. Es decir, del día a la noche en “casi” un santiamén.

No obstante, lo dicho, la inercia hizo que aún se siguiera fabricando y adquiriendo este “modelo” pues los hay que en sus cazoletas figuran las Armas de España y en el escusón central aparece la Cruz de Amadeo de Saboya, rey que fue de España, como se sabe, de 1871 a 1873.

“Nuestro” sable fue el último de los grandes pues, una vez desaparecido, ya no hubo, en cuanto a guarnición, nada semejante si obviamos las clásicas excepciones de algunos modelos de espada-sable Puerto Seguro. Pero ya no era exactamente lo mismo. El “modelo 1840” tenía monterilla completa y puño de madera forrado de fina y muy escogida piel de lija bien fijada entre los gallones con hilo torzal metálico. Bien es cierto que hubo oficial que se hizo montar esa guarnición sobre hoja de tropa del modelo siguiente, es decir, hoja “prusiana” de 1860, dando como resultado un arma muy apta tanto para lucir envainada como para combate. Pero esas combinaciones fueron las menos y no llegaron a crear condición muy extendida.

ANTIGÜEDAD CONSOLIDADA

Como tantas otras cosas, y las armas blancas no han sido una excepción, los sables de “oficial de Caballería del 40” cayeron en el olvido un par de décadas antes del final del siglo XIX.

Tanto fue así que en el nuevo “*Catálogo Ilustrado de la Fábrica Nacional de Toledo*” editado entre 1908 y 1810, aún aparecen sables de los antiguos modelos de 1844(Guardia Civil), 1857(Armada), 1862(Artillería), 1879(Sargentos a pie) ... pero, como suele decirse, brilla por su ausencia el sable que nos ocupa. Ya no era del interés de la Caballería. Ya no figuraba en la panoplia de los que se promocionaban a principios del siglo XX. Decididamente había pasado, se había elevado diría yo, a la categoría del grupo de los señalados como **recuerdos de la Historia**. Se lo tenía merecido.



Dos de los sables aquí tratados. Uno con cazoleta calada y relieve y la otra calada, pero lisa en su superficie. Reglamentados no fueron, pero elegantes lo eran un rato.



Tres magníficos ejemplares. A la izquierda el capricho de un oficial artillero; en el centro, otro capricho para un oficial de Estado Mayor; a la derecha una pieza singular para la Milicia Nacional.

Como ya he indicado, el sable no fue nunca reglamentario, pero justo es reconocer que por no serlo...



No podían faltar unidades con las Armas de España en tan interesante cazoleta de "1840". Si insisto en lo de no reglamentario es porque vale la pena añadir, como quien no quiere la cosa, que hasta lo emplearon, con

una variante de este Escudo, en el Escuadrón de Guardias de S.M. la Reina Isabel II



Estatua ecuestre del general Prim en Reus, su ciudad natal. No ahorró “tamaño” al sable el escultor quien, de otra parte, estuvo bien informado.



El general Prim en la batalla de Tetuán

Obra pictórica de Fº Sans Cabot en 1865. Esta pintura estuvo mucho tiempo ofrecida a la vista del público en el Museo Militar de Montjuïc de Barcelona

actualmente desmantelado. El pintor estuvo también muy acertado con el arma que blande el general.

Se cuenta que en 1936 le eliminaron el sable para que pareciese que estuviera saludando puño en alto.



Estatua del Cid Campeador

La ya citada escultora americana Anna Hyatt regaló a la ciudad de Sevilla, en 1927, esta impresionante escultura de El Cid de cuyos detalles he hablado antes.

Lo curioso es que, la autora, hizo siete esculturas exactamente iguales que se hallan esparcidas por diversas localidades de Estados Unidos. La de la imagen es la que se halla en Nueva York

